

menzaron á surgir celos entre los colonos ingleses y franceses, y tras los celos agrias controversias sobre cuestión de límites. Los indígenas, es decir, los acadianos, simpatizaban con los primeros, á quienes estaban unidos por estrechos vínculos; pero en la controversia reclamaban nada más que el derecho de permanecer neutrales y pedían que los ingleses se los reconocieran. No se les otorgó á los acadianos, á los dueños de la tierra, lo poco que pedían, y como los intereses ingleses aumentaban sin cesar y se enardecían por eso mismo las rivalidades entre los colonos de Francia y los de Inglaterra, y como éstos temían que los acadianos, aun llamándose neutrales, dieran su apoyo á aquellos, para cortar de raíz el mal tomaron una resolución inicua: trasladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos de tal manera, que *no pudiese haber ningún concierto entre las familias así esparcidas*. Se hicieron con tal fin todos los aprestos militares que preceden al abuso de la fuerza bruta y se sugirió á los ejecutores la *estrategema*, digamos mejor la felonía, cuya relación nos ha sido hecha por numerosos autores norteamericanos.

Héla aquí, siguiendo el texto de uno de ellos:

«El día 2 de Septiembre de 1755, Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., «tanto á los jóvenes como á los viejos y á los muchachos,» intimando á todos los varones para que lo esperasen en la iglesia, en Grand-Pré, el día 5 siguiente, para *oir una comunicación que el gobernador había enviado*. Como se habían entablado negociaciones respecto del juramento de fidelidad y se había discutido mucho acerca de la retirada de los acadianos, del país, *aunque nada se había hablado de su translación y dispersión*, entendiéndose que se trataba de una reunión importante, y el día señalado cuatrocientos dieciocho hombres y niños se reunieron en la iglesia. Winslow, acompañado de sus oficiales y hombres, hizo que se colocase una guardia en torno de la iglesia, y entonces anunció al pueblo que su Majestad había resuelto que fuesen los acadianos trasladados con sus familias fuera del país.

«La iglesia se convirtió en cárcel y todos los *prisioneros* fueron puestos bajo una estricta vigilancia. Al mismo tiempo, iguales hechos se realizaron en Pisiquid bajo las órdenes del capitán Murray, y con menos éxito en Chigneto. Entretanto, hubo murmullos de levantamiento entre los prisioneros, y como los trasportes que se habían pedido á Boston no habían llegado todavía, se determinó hacer uso de los buques que habían conducido á las tropas, y

trasladar á ellos á los hombres, bajo buena custodia. Esto se hizo el 10 de Septiembre, y los hombres permanecieron en los buques, en el puerto, hasta la llegada de los transportes, y haciéndose uso de éstos, CERCA DE TRES MIL PERSONAS fueron desterradas del país y enviadas á la Colonia del Norte, Virginia, Maryland, Pensilvania, Nueva York, Conneticut y Massachusetts. En la *confusión y precipitación de la partida*, precipitación que se aumentaba por el ansia de los oficiales de libertarse de esta desagradable tarea, y confusión que era mayor por la diversidad de idiomas, *muchas familias se separaron, y algunas nunca volvieron á reunirse*»

Hasta aquí el benigno historiador anglo-sajón. El lector,—sea cual fuere su raza,—dirá, si es honrado y si atesora nobles sentimientos, si puede creerse que no fué meditada ni intencional esa separación de familias de las que *algunas, no todas*, nunca llegaron á reunirse. Por lo que á mí respecta, hago mío el siguiente magnífico y honrado juicio del insigne Altamirano, que lo consignó en el prólogo de la hermosa versión castellana del poema *Evangelina*, de Longfellow, versión que nuestra literatura debe al Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús desde hace diez y seis años, como le debe desde hace dos la de las *Odas de Horacio*, que ha aumentado su justo renombre. «De tan dolorosa historia, dice pues Altamirano, y de los recuerdos de ese atentado espantoso que aun hoy causa indignación, como la causan todas las infamias que comete la fuerza bruta, el gran poeta americano sacó los elementos para escribir su poema inmortal con el que ha conmovido al mundo.»

Mas no sólo hago mías las generosas palabras del egregio hijo de Tixtla, sino que llamo la atención del Sr. García sobre que las matanzas de Cholula y del Templo Mayor, sangrientas como fueron, parecen hasta cierto punto atenuadas, porque la felonía y el crimen, fueron perpetrados en pleno estado de guerra, mientras que á los apacibles acadianos se les disgregó en días de paz, y lo que es peor aun: la muerte sembrada por los conquistadores del siglo XVI es á mi parecer menos dolorosa que esa inhumana disgregación de familias. Porque con la muerte acaba todo tormento y con la separación de los seres que se aman se condena á éstos al mayor y más duradero de los suplicios. La muerte no arredra sino en cuanto que significa la eterna separación de los que formaban parte de nuestro ser; no es el apego á la tierra de su cuna y á los objetos que en ella poseía el que hace amar la existencia y tortura al moribundo en la postrera hora, y por lo mismo, no habrá habido uno entre cada millar de los acadianos diseminados aquí y

allí por los ingleses, que no hubiese preferido ser asesinado, y no condenado á llorar sin consuelo ni esperanza la inícuca separación de los suyos. Llamen esto los precursores del moderno conquistador, sentimentalismos trasnochados y vanas retóricas de estultos platónicos; no importa; la conciencia humana colocará á cada uno en el lugar que le corresponde.

Los presidiarios condenados al último suplicio, los hombres de la peor ralea, aventureros, avaros y codiciosos que en el siglo XVI emigraron de España, según el Sr. García, para venir á robar las fabulosas riquezas de los indios, nos parecen también menos codiciosos y menos avaros que los nobilísimos lores que á Irlanda y á la India han ido á saciar, siglos después, apetitos desordenados, de la misma índole.

Conoce el Sr. García la historia de esos pueblos sacrificados á la voracidad inglesa, y no he menester recordarla con todos sus negros pormenores. Basta á mi propósito reproducir algunos pasajes que tomo del estudio de Lord Macauley sobre la vida de Lord Clive. La autoridad no parecerá sospechosa á nadie.

«La riqueza de Clive—dice Macauley,—le permitía rivalizar con los grandes personajes de Inglaterra. Se sabe que antes de salir de la India remesó á su patria *más de ciento ochenta mil libras esterlinas*, por conducto de la Compañía Holandesa y *más de cuarenta mil* por la Inglesa, aparte de otras considerables sumas enviadas por casas particulares. Además, poseía joyas de gran precio, medio muy generalizado entonces de traer valores á Europa,—á cuyo fin compró, solamenté en Madrás, por valor de *veinticinco mil libras esterlinas*,—y en la India era dueño de propiedades cuyas rentas estimaba él mismo en *veintisiete mil libras*: de modo que sus ingresos anuales, según la opinión de sir John Malcolm, pasaban de *cuarenta mil libras*: rentas en aquella época tan pingües y raras, como lo son en la nuestra las de cien mil libras. Así que podemos afirmar, sin temor de incurrir en exageración, que ningún inglés que comenzara la vida sin bienes de fortuna, ha llegado como Clive, á encontrarse á los treinta y tres años, poseedor de tan inmensas riquezas.»

Como se acaba de ver, en brevísimos espacio de tiempo hizo colosal fortuna un empleado de la Compañía inglesa explotadora de la India, un empleado que eso era no más Clive; no un conquistador que había expuesto su vida como Cortés, peleando día y noche con heroico brío. Pero es preciso ser justos y no

apuntar nada más en la cuenta de aquel el feo vicio de obtener por cualquier medio, aunque no fuera honesto, la ambicionada riqueza. Si Clive todo lo atropelló por lograr ese fin, en cambio hizo el mejor uso de su hacienda, envió diez mil libras á sus hermanos, distribuyó otras diez mil entre parientes, pobres y amigos, por conducto de un agente dedicó ochocientas libras anuales á sus padres exigiéndoles que tuvieran carruaje, y por último instituyó una pensión de quinientas libras en favor de su antiguo jefe Laurence cuya fortuna era menos que mediana. ¿Cómo desconocer entonces que era caritativo con la caridad bien entendida, es decir, con la que comienza en casa? Fundar hospitales ú otros establecimientos benéficos en el mismo suelo en que recogió sus tesoros, le habría puesto al nivel de los seres inferiores que juzgan lavar ciertas manchas con buenas obras en provecho de míseros indígenas . . . .

Abandonemos el siglo XVIII, y presentemos casos ocurridos al mediar el XIX y en días más próximos, en los albores mismos del XX.

No hay que insistir en lo pasado en California y Texas. Lo más arriba estampamos, valiéndonos del testimonio del Dr. Quesada, es demasiado elocuente, para que se necesite ampliarlo, y lo que pasa aún á los indígenas de las reservaciones americanas nadie lo ignora. Pero de lo que no puedo prescindir es de referirme á la guerra anglo-boera que hoy tiene en suspenso á todo el mundo civilizado; porque esa guerra que demanda para ser narrada un nuevo léxico toda vez que los que ahora poseen las naciones cultas no encierran vocablos que basten al historiador para condenar al moderno y potentísimo conquistador anglo-sajón, ni mucho menos para decir cuanto decir cabe en loor y gloria de la débil pero sobrehumanamente heroica y patriota nación por él invadida para adueñarse de sus minas de oro y de diamantes; porque esa guerra digo, por los caracteres que reviste y porque se desarrolla en nuestros días,—es el testimonio irrecusable y único que necesito presentar en apoyo y comprobación de lo que antes he sentado como principio: que todas las conquistas son igualmente condenables; las antiguas como las modernas; las determinadas por fanatismos religiosos, como las que lleva á cabo la sórdida ambición, por más que á las últimas se les encubra por hipocresía con el nombre de imperialismo y se pretenda justificarlas con argucias y sofismas sobre la necesidad de expansión de ciertas potencias, sobre los intereses comerciales, sobre la superioridad de una raza sobre las

demás, y por el último, sobre el destino manifesto del débil que está condenado por la naturaleza, llámese planta, animal, hombre, nación, á ser pasto del fuerte.

Pues bien, las conquistas españolas en el siglo XVI, no revisitaron ni con mucho, aun teniendo por historiador al Sr. D. Genaro García, el carácter odioso, inicuo de las hazañas del imperialismo anglo-sajón en Sud Africa.

El mundo entero las conoce y las condena; solamente los Gobiernos que son reos de igual crimen por sus conquistas en otras regiones del globo, se cruzan de brazos y se hacen sordos al universal clamor; ninguno de ellos se atreve á poner el hasta aquí á aquellos atentados sin nombre; no quieren unirse para obtener ese resultado, ya que ninguno puede por sí sólo encararse á Albión sin riesgo de verse envuelto en costosa y sangrienta guerra; recélanse unos de otros y . . . la más repugnante de las violaciones del derecho ajeno parece que llegará á verse consumada. ¡Y cómo!

No hablemos de las batallas libradas desde que comenzó la guerra; batallas en que los boeros, si hemos de atenernos á los partes de los generales ingleses, sucumben por centenares en tanto que no mueren ni por decenas los anglo-sajones. Eso nos llevaría muy lejos, y por lo tanto, fijémonos nada más que en el horrendo castigo que los invasores extranjeros infligen á los que defienden su hogar y sus granjas, su honra y la independencia de su patria. Fijemos nada más que en los horrores de la concentración de los campesinos en los campamentos británicos.

Según los datos oficiales expuestos en la Cámara de los Comunes, el número de hombres, mujeres y niños reclusos en estos campos, alcanza las cifras siguientes:

En el Transvaal, 37,739; en el Orange, 24,800; en el Natal, 2,524, en la colonia del Cabo, 2,490. Esto hace un total de 67,553 concentrados, de los cuales 34,000 son niños.

Estas gentes vivían en los campos ó en pequeñas poblaciones y sus viviendas han sido arrasadas, sus ganados y efectos de todo género secuestrados. Reducidos así los habitantes á la más absoluta miseria, han sido recogidos poco á poco por las columnas inglesas, llevados como rebaños y reclusos en los campamentos habilitados para este fin.

Las siguientes cifras publicadas por *The Times* del 20 de Junio último, dan idea de las condiciones de habitabilidad que reúnen dichos campamentos:

«La mortalidad por cada 1,000 personas y por año en los campos de concentrados en el Orange, es la siguiente:

Campamento de Bloenfontein, 383; Springfontein, 178; Kimberley, 167; Vredefort Road, 162; Kroonstad, 159; Winburg, 103; Brandfort, 75; Norval's Port, 70; Bethulia, 50; Aliwal North, 35 y Helibron 26.»

Resulta, pues, que la mortalidad media de todos los concentrados en Orange, es de 128 por 1,000; habiendo campamentos, como el de Bloenfontein, donde llega á la aterradora proporción de 383 por 1,000.

Y esto es en el Orange, donde los campamentos están mejor organizados. En los campamentos de concentrados del Transvaal la mortalidad en Mayo último ha sido de 39 en los hombres, 47 en las mujeres y 250 en los niños.

Para apreciar lo que significan estas cifras, baste decir que en los distritos rurales de Europa la mortalidad media, en épocas normales es de 16 á 20 por 1,000.

Un periódico, el *Reynolds*, publica bajo el título de «Guerra á las mujeres y á los niños» una fotografía terrible, tomada por una dama inglesa en el campamento de Bloenfontein, y transcribiendo además, el siguiente párrafo de una carta de la misma dama inglesa:

«Esta es la niña Lizzie Zyl, de edad de ocho años. Sus piernas han quedado completamente deformadas. Es uno de nuestros pequeños esqueletos. Muchos de los niños están en el mismo estado de demacración. Creo que les dan alimento que no les conviene y que sufren horriblemente por efecto del calor. Las tiendas donde se albergan los niños ofrecen un espectáculo horripilante.»

Los periódicos extranjeros dan á conocer algunos terribles efectos de la concentración.

Doce mujeres y niños que murieron de hambre y miseria, el mismo día, fueron enterrados en el Hipódromo de Johannerburg. De 325 personas, mujeres, niños y ancianos, reconcentrados en ese punto, fallecieron ochenta en tres semanas; es decir, el 43 por 100.

En el mes de Mayo, según parte de lord Kitchener, fueron destruidas 7,000 toneladas de granos y forrajes, y capturados 1,400 bueyes, 7,100 carneros y 1,450 caballos, á fin de privar de alimentos á los campesinos.

Los destacamentos ingleses que conducen convoyes, á fin de que no los ataquen los *boers*, después de quemar muchas granjas

obligan á las mujeres y á los niños á marchar con aquellos, rodeando el convoy.

Podemos consignar noticias más recientes aún.

El Rev. Herman D. Van Brockhuisen, antiguo pastor de la Iglesia holandesa reformada de Pretoria, describió en la noche del 30 de Julio, la situación del Transvaal y del Orange en una conferencia que dió en la Iglesia Cristiana Reformada, de la manera siguiente:

«La situación de los campamentos de concentración de boeros en Sud-Africa es espantosa. Hombres, mujeres y niños están muriendo todos los días en tal cantidad, que en pocos años significaría el exterminio de la raza boera. El pueblo está amontonado en barrios insalubres, donde no puede obtener suficiente alimento, ni ropa con que cubrirse, y las enfermedades hacen terribles estragos en él.»

Mr. Herman fué á Estados Unidos con objeto de coleccionar fondos para aliviar los sufrimientos de sus compatriotas, encerrados en esos campamentos.

Mr. Brockhuisen visitó á Kruger unos cuantos días antes de partir para América, y al preguntarle qué mensaje le llevaba de su parte al pueblo americano, contestó Kruger: «Decidles que están ayudando á los ingleses en su obra de destrucción al facilitarles caballos, mulas y municiones de guerra.»

No se ha colmado con la concentración de que acabamos de hablar, la medida del odio anglo-sajón al pueblo que no ha querido prestarse dócilmente á satisfacer las exigencias de su rapacidad. Si para agotar la raza boera, después de incendiar granjas y de apoderarse de cuanto constituía el patrimonio de los aldeanos, mata á éstos de hambre y de sed; para ultrajar á los caudillos y mejores adalides de la santa causa, tiene la isla de Santa Elena, la isla en que encadenó á su mortal enemigo, al genio de la guerra, al que como conquistador cegó más vidas, destruyó más propiedades, derramó más sangre é hizo verter á la humanidad tantas lágrimas como olas tienen los mares. En Santa Elena, allí en donde Napoleón primero debió—si es que existe eso que llaman conciencia—verse rodeado en sus noches insomnes, de los pavorosos espectros de las víctimas por él sacrificadas, allí mismo purgan su delito los jefes y los soldados hechos prisioneros cuando luchaban como todos los de su raza saben hacerlo, por defender la independencia de su patria y á quienes el destino negó la ambicionada gloria de morir por ella en medio del fragor de la pelea.

Del humanitarismo anglo-sajón da idea el siguiente relato Mrs. Habhouse, relato más elocuente que las cifras que acabamos de apuntar:

«Hasta el día 20 de Julio último había en la isla de Santa Elena cuatro mil setecientos prisioneros boeros gozando los beneficios de la generosidad inglesa.

«He visto á una mujer semi-asfixiada por el calor y presa de los dolores de parto. Afortunadamente algo me fué dable hacer en su favor, pues en mi equipaje tenía una camisa de dormir y dos trajecillos de niño.

«En la tienda contigua otro niño de seis meses exhalaba su último suspiro sobre las rodillas de su madre. El médico le había propinado una medicina por la mañana, y la criatura nada volvió á tomar en todo el día. En la misma tienda había dos ó tres niños abatidos y enfermos.

«En otro departamento, un niño convaleciente de la escarlatina y arrojado del Hospital antes de que pudiera tenerse en pie, yacía sobre el suelo, lívido como un cadáver. ¡Otros tres niños en igual estado yacían á su lado!

«En una tienda inmediata agonizaba en una camilla una joven de veintiún años. El padre, un boero de elevada estatura, estaba arrodillado al lado de la enferma, en tanto que en la tienda contigua la madre velaba á un niño de siete años, igualmente moribundo, y á otro de cinco años, cuya vida se extinguía, asimismo, por momentos.

«El desdichado matrimonio en cuestión había perdido ya tres hijos fallecidos en el Hospital, y no quería que á los tres supervivientes los llevaran á aquél á pesar de sus súplicas para que extrajeran á los enfermos de aquellas tiendas calcinadas por el sol.

«Queremos cuidarlos nosotros mismos, repetía constantemente el padre.

«Envié á buscar *brandy* y vertí algunas gotas en los labios de la joven, sin resultado alguno, como ocurre en la mayoría de los casos, en la que lo único que cabe hacer, es cruzarse de brazos.

«En esto se me aproximó un hombre que me dijo:

«Hermana, tenga usted la bondad de venir á ver á mi hijo, que está enfermo desde hace tres meses.

«Accedí á la súplica y ví al niño, que era un angelito de cuatro años, de cuya fisonomía no quedaban más que los ojos grandes, negros y rasgados, y los dientes, que la delgadez extrema de los labios no alcanzaban á cubrir: el cuerpecito era un esqueleto.»

Descubrámonos ante la majestad del gran pueblo de Kruger Dewit y Botha, y pasemos adelante, para examinar desde otros puntos de vista la obra del Sr. García.

Dice de ella el Sr. González Obregón que fué escrita sin prejuicios ni apasionamientos. Yo creo precisamente lo contrario, en vista de que el autor da entera fe y crédito á los historiadores primitivos en cuanto atestan en contra de Cortés y de los suyos, y calla en cambio todo lo que esos mismos historiadores dicen, y no es poco, en verdad, en loor de aquellos, atribuyéndoles hazañas prodigiosas. ¿Solamente en el primer caso dijeron verdad? No, sino que lo único que el Sr. García anhelaba hacer converger en haces luminosos sobre el cuadro que se había propuesto ejecutar, eso fué lo único para él aprovechable y lo aprovechó en efecto; por donde vino á renunciar al título que pretendía de historiador verídico y justiciero, como presumo haberlo demostrado. Su espíritu juvenil le ha impedido hablar de los hombres del pasado como habló Plutarco á quien nadie ha igualado todavía y es de creer que jamás le igualará, porque, como dijo Quintana, su obra manifiesta ser la de un sabio acostumbrado al espectáculo de las cosas humanas, y por lo mismo aplaude y condena sin exaltación; que cuenta y dice *de buena fe* lo que su memoria le sugiere, y va esparciendo en su camino máximas profundas y consejos excelentes.

Su irreductible exclusivismo ha llevado al Sr. García á ser trunfo fiel de Alamán y de Bustamante los historiadores antípodas en cuanto al fin que persiguieron en sus obras, pero gemelos en razón á sus procedimientos. Alamán aunque revela en su Historia altísimas dotes literarias, no logró escribir otra cosa más que un libelo, infamatorio de los padres de la Independencia; Bustamante, en contraposición de aquel, relató hasta absurdas consejas en loor de los que nos dieron patria. Por eso para desentrañar la verdad tuvo D. Julio Zárate que depurar las aseveraciones de Alamán y de Bustamante.

Paréceme el Sr. García cuando leo el *Carácter de la Conquista Española en América*, un arqueólogo que se hubiera propuesto probar que los antiguos indígenas carecieron del sentimiento estético, y para probarlo copiara en el Museo Nacional nada más que las informes esculturas de sus abominables ídolos, pues si tal arqueólogo ó crítico, se hubiese detenido á estudiar el grandioso monumento de Cuauhtemoc, erigido en el Paseo de la Reforma, habría reconocido la falsedad de su tesis, al ver cómo un arquitecto mo-

derno, el malogrado Jiménez, había inmortalizado su nombre con sólo aprovechar, en artística y bien presentada combinación, los delicados lineamientos de las varias arquitecturas indígenas. El Sr. Jiménez tomó de las paredes que aún existen en Tula, las bellas y extrañas columnas de los toltecas, y para su cornisamiento y ornamentación buscó modelos en los palacios mayas de Uxmal y del Palenque.

Necesitó formar y decorar un pedestal y se valió de los ornatos de una columna tolteca que por su forma pura y esbelta pudiera confundirse con las delicadas grecas del arte clásico; los colgantes del capitel del pedestal en que descansa la hermosa joya de la moderna escultura mexicana—el Cuauhtemoc de Noreña,—acusan en su forma nudos de víboras; embellece la faja superior del zócalo, ornamentación sacada de las ruinas de Mitla.

No es ocioso este recuerdo. El, mejor que cualquiera otro argumento, prueba que la obra de arte digna de este nombre, no realiza sus fines, si no condensa y resume en armonioso conjunto lo bello y lo grande sea cual fuere su procedencia ú origen.

Obra de arte es la historia, y el que la escribe olvidándolo, llegará á merecer la aprobación de sus correigionarios y contribuirá á la propaganda de una idea determinada, mas no pasará á la posteridad.

Dados el preconcebido propósito del Sr. García y los elementos de que se sirvió para realizarlo, natural era que el carácter de la conquista española en América resultase, como resultó, falseado en la obra que estudio; pues así como el viajero que desea abarcar en sólo una mirada la grandeza y magnificencia de la antigua *Señora del mundo*, abandona las tortuosas calles de la vieja Roma y asciende al Testaccio ó al Pincio para ver á sus pies á la ciudad de los Césares con sus ruinas majestuosas y sus soberbios palacios, así el que pretende evocar épocas pretéritas y caracterizarlas, debe también elevarse á superiores regiones; que una vez colocado allá podrá contemplar grandezas y miserias, admirarse de aquellas, dolerse de las otras, y todo esto sin temor de mancharse con las impurezas del bajo suelo: el odio y la injusticia de él inseparables.

No, no es el carácter de la conquista española tal cual nos lo presenta el Sr. García. Estudiándolo con serenidad de ánimo, con austera rectitud, lo vemos revestir distinto aspecto. La conquista tiene más alta significación que la que le atribuye su encarnizado detractor. Pocas páginas necesitamos llenar para demostrarlo, des-